

ciertas instituciones del país, la formación de maestras requeridas por la nueva situación, el papel jugado por los padres de alumnos, las instituciones que crearon material pedagógico adecuado, etc. Es decir, se intenta estudiar, con el escaso material disponible, los orígenes y las vicisitudes que posibilitaron el establecimiento de unas instituciones que, ante una situación amenazante contra el euskara, han dado lugar a una red de ikastolas, sin las cuales no puede comprenderse la progresiva normalización que en el uso del euskara se está viviendo en la actualidad.

Uno de los méritos mayores del trabajo que estamos comentando es la metodología utilizada, pues dada la escasa documentación que existe, debido a las condiciones de clandestinidad en las que se desarrolló la primera etapa el movimiento de ikastolas, tan sólo se podía recurrir a la historia oral, para recuperar los testimonios de los agentes sociales implicados en ese momento histórico. Por ello el título de esta obra no podía olvidar este aspecto del trabajo. Así que, en su traducción «La palabra del recuerdo» (Oroimenaren Hitza), no es más que un reconocimiento a la aportación fundamental de los pioneros de esta experiencia, y a su aportación histórica.

PAULI DAVILA

GARCÍA PUCHOL, J.: *Los textos escolares de Historia en la enseñanza española (1808-1900). Análisis de su estructura y contenido*. Barcelona, Publicacions Universitat de Barcelona, 1993, 344 pp.

El libro que comentamos fue en su origen una tesis doctoral, leída en 1990, y dirigida por el profesor H. Capel en el Departamento de Geografía Humana de la Universidad de Barcelona, que se edita (con muy poco cuidado, por cierto), excluyendo solamente un capítulo dedicado a la imagen de América y otra parte incomprensiblemente incluida en la versión originaria sobre el estudio de la ciudad. La alusión al marco institucional donde nace esta investigación resulta sumamente pertinente, porque nos

ayuda a comprender el molde teórico-problemático en el que se desenvuelve el trabajo de García Puchol.

En efecto, a lo largo de los años ochenta, y dentro del magisterio intelectual del profesor Capel, se desarrollaron en España un conjunto de investigaciones dirigidas a elucidar la historia de la Geografía en tanto que disciplina científica. El esfuerzo realizado quedaba reflejado, a modo de balance, en H. Capel (1989), «Historia de la ciencia y de las disciplinas científicas. Objetivos y bifurcaciones de un programa de investigación sobre historia de la geografía», *Geocrítica*, n.º 84, donde se puede percibir un fructífero programa colectivo de investigación que buscaba las raíces históricas, tanto epistemológicas como institucionales, del saber geográfico.

Estas investigaciones vinieron a poner de relieve la importancia que tuvo el sistema escolar en la institucionalización y desarrollo del conocimiento geográfico. De este modo, la historia de una disciplina científica llevó, con toda naturalidad, al estudio de su plasmación escolar. Con ello se abrió en España un provechoso camino hacia el estudio de las disciplinas escolares, campo aún poco roturado, si exceptuamos lo dicho para la Geografía o algunas incursiones aisladas como es el caso de la Filosofía.

Los trabajos de los geógrafos habían delimitado el problema de investigación en torno a la relación entre ciencia y enseñanza, a la distancia entre la ciencia que hace la comunidad científica y la que se enseña. Así, por ejemplo, quedó formulada y demostrada la tesis del «doble atraso», científico y pedagógico (A. Luis, 1985, *La geografía en el Bachillerato español*) de la Geografía española.

En este marco de preocupaciones intelectuales se inscribe la tesis de García Puchol, quien toma de sus colegas geógrafos el abanico de los temas y algunos de sus esquemas teóricos, trasladando a la disciplina de la Historia parte de los supuestos ya investigados en la Geografía. Este marco de referencia ha incorporado algunos aspectos positivos a la obra que reseñamos, aunque también adherencias que actúan en sentido negativo.

El planteamiento central de la investigación del García Puchol queda un tanto oscurecido por una cierta indeterminación del objeto y fines de la investigación. En su caso, el objeto sobre el que se investiga son una clase especial de «artefactos culturales», los libros de texto, que han concitado el creciente interés de los historiadores como materializaciones del imaginario colectivo de las sociedades. Pero el autor parece dudar entre rescatar de ellos los ecos de las ideologías del pasado o exhumar los paradigmas científicos que dejan su huella en los manuales. Ciertamente, la impronta de Capel y sus discípulos aparece, en García Puchol, cuando reclama utilizar «los libros de texto como una fuente fundamental para lograr una comprensión de los estadios bien asentados del desarrollo científico y de la base paradigmática de una disciplina científica» (p. 8). La misma filiación capeliana puede atribuirse al uso de categorías de análisis, especialmente la contraposición positivismo/antipositivismo. Y sobre todo ello cabe subrayar que el autor trata de discernir en los libros de textos la huella de tres «movimientos»: romanticismo, positivismo e historicismo. Simultáneamente, la investigación pretende dar cuenta de la función ideológica que transmiten los textos de Historia.

Para tal propósito, García Puchol acude a un estudio de la estructura y contenido de los libros de texto dirigidos a la enseñanza primaria y media. Así, en los dos primeros capítulos, se refiere a la Historia en los planes de estudio del siglo XIX y a una somera caracterización de los autores y sus obras. En el capítulo tercero trata lo que llama una «justificación de la metodología», que consiste en la aplicación del método lexicométrico sobre una muestra de 69 textos escolares, de historia universal y de España, editados entre 1830 y 1910. Del capítulo cuarto al undécimo, se exponen los resultados de tal análisis, apoyado y ampliado con citas textuales. El esquema es relativamente sencillo: un capítulo, el cuarto, desarrolla *La definición de la historia* que el autor ha buscado en los prólogos de los libros examinados; el resto, es un análisis temático del contenido siguiendo, cada capítulo, el orden temporal por edades desde la Prehistoria hasta la Edad Contemporánea. Finalmente,

un muy interesante inventario bibliográfico y unas breves conclusiones cierran el libro. En él se recogen alfabetizados un extenso catálogo de obras de Historia y de enseñanza de la Historia, que el autor ha recopilado a través de una paciente selección de información bibliográfica procedente de bibliotecas españolas y alguna extranjera.

Por lo que hace a los resultados de la investigación, el autor asegura haber demostrado que el discurso historiográfico que impregna los libros de texto contiene un sesgo ideológico claramente conservador, en el que se percibe «el dominio de los ideales liberales doctrinarios» (p. 342). En cuanto a la relación entre libros de texto y paradigmas científicos, García Puchol sostiene que, aunque hubo sin duda un retraso en la incorporación de las nuevas corrientes historiográficas, «el romanticismo, el positivismo o el historicismo, afectaron muy intensamente y relativamente de forma rápida a las formas de entender la historia» (p. 343), al punto de encontrar a partir de 1880 en los libros de texto una propensión a caracterizar la Historia de forma positivista. Opinión ésta, sin embargo, que requeriría todo tipo de matizaciones.

Haciendo un juicio rápido de la obra que reseñamos, podríamos afirmar que predomina una perspectiva extensiva sobre la intensiva. Este trabajo sobre la historia escolar decimonónica ha sido, en gran medida, pionero y de gran utilidad para otros que se han hecho o están en curso de realización recientemente. La información bibliográfica sobre manuales de Historia y obras de historiografía del siglo XIX nos proporciona un excelente instrumento de trabajo, del que deben, sin embargo, ser corregidos algunos errores e imprecisiones. Así es como el *inventario bibliográfico* que se contiene entre las páginas 207 a 339 representa una de las principales aportaciones de esta tesis doctoral. Mérito igualmente destacable es el primer esbozo, a partir de los libros de texto, de estereotipos historiográficos acuñados en la centuria pasada. En fin, cualquier lector o lectora que se aproxime a este libro puede encontrar un amplio elenco de información empírica de indudable interés.

No obstante, esta obra tiene también carencias inocultables. Se sitúa en un espacio de investigación no muy bien definido, como si el autor dudara permanentemente entre afrontar la historia de la ciencia o ceñirse a una historia escolar de la disciplina. Ambos territorios, aunque no incompatibles, requieren, en nuestra opinión, de marcos de investigación bien diferenciados, claros y distintos. No se puede pretender, por ejemplo, dilucidar las claves evolutivas de la historia como ciencia en el siglo XIX recurriendo sólo o principalmente a una muestra de libros de texto y a un esquema explicativo basado en la sucesión de supuestos e indefinidos «movimientos» de ideas (romanticismo, positivismo, historicismo), olvidando la propia historiografía hispana del ochocientos, que es la gran ausente de este libro. Si el autor se ha inclinado por el problema de las relaciones (y las distancias) entre ciencia de la Historia y enseñanza escolar de la Historia, previamente ha de quedar definido lo que es el decurso de la primera. Para ello no es suficiente tomar de prestado, de sus colegas geógrafos, las contraposiciones entre positivismo e historicismo.

El componente teórico se resiente, pues, de un préstamo que supone una onerosa carga. Y ello no puede, ni mucho menos, compensarse, con el recurso a una técnica de investigación basada en la lexicometría, es decir, de un procedimiento de trabajo con las fuentes (los libros de texto) principalmente consultadas. El procesamiento cuantitativo del lenguaje de los libros de texto se sitúa en el terreno de los medios y no de los fines de una investigación, aunque el autor es al único apartado al que otorga un espacio propio de una reflexión teórica, ya que el asunto de la ideología, la ciencia o la dicotomía positivismo/antipositivismo se dan como sobreentendidos. Esto no deja de ser una grave deficiencia porque, además, repercute negativamente en los resultados de la investigación. En efecto, los datos que proporciona el análisis de las frecuencias del uso de determinadas palabras o ideas abastecen de una información pertinente para comprender el contenido de los libros de texto. Sin embargo, los resultados obtenidos no permiten, en nuestra opinión, consolidar y ratificar la hipótesis de trabajo según la cual

los libros de historia transparentan, con sólo algún retraso, la evolución del romanticismo al positivismo y de éste al historicismo. A no ser que entendamos por tales vocablos generalidades en las que quepa cualquier cosa.

Esta falta de cultivo «intensivo» del marco teórico viene siendo defecto importante en muchas investigaciones relacionadas con los libros de texto, a los que muchos autores interrogan sólo como portadores de ideología o de arquetipos científicos trasnochados. Es decir, en los que se buscan obviedades, ignorando que la ciencia social se preocupa precisamente por elucidar aquello que no es directamente visible. De donde se deriva que en estos trabajos la aportación empírica suele resultar mucho más importante que los logros explicativos. En el caso que nos ocupa, la intensidad también es escasa en lo que se refiere al análisis en profundidad de los textos y sus autores, lo que permitiría matizar muchas de las opiniones de García Puchol. No obstante, la aproximación del autor proporciona, como ya quedó dicho, importantes sugerencias sobre las imágenes y estereotipos del pasado. Sólo esta resurrección de la memoria del discurso historiográfico en los manuales hubiera justificado la utilidad de un trabajo de estas características.

Recomendamos esta obra a los lectores que quieran conocer los retazos ideológicos que se alojan en los libros de texto de Historia del siglo XIX, y a todos aquellos estudiosos de la Historia escolar en la medida que ésta tiene que ver con los manuales. De ahí que se puede decir que indagaciones de este género nos abren las puertas para penetrar mejor en la comprensión de la Historia que quiso ser enseñada en el pasado, ya que los libros de texto contienen los programas visibles de una voluntad ideológica y científica. Esa visibilidad, en el estudio de García Puchol, queda nítida en el campo de la ideología y no tan precisa en el de la ciencia.

En fin, la información contenida en libros como este favorecen la reconstrucción de la historia como materia escolar y contribuyen a repensar la historia de la educación en España desde las piezas de ese complejo y todavía inexplorado «mosaico curricular»

que son las materias de enseñanza. Esta es todavía una asignatura pendiente.

RAIMUNDO CUESTA FERNÁNDEZ

GÓMEZ GARCÍA, M.^a N.: (Coord.): *Universidad y poder. Problemas históricos*. Ed. GIHUS. Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la Universidad de Sevilla. Sevilla, 1993.

«La historia de Occidente no podría entenderse sin estudiar, en su más profunda raíz, la relación, compleja y cambiante, entre saber y poder». Así comienza esta obra que pretende ser una aportación más a esa necesaria reflexión dentro del marco del Occidente moderno. El período que comienza con el nacimiento de las Universidades, y que llega hasta nuestros días, es una fuente inagotable para el estudio de las relaciones entre saber y poder. Situándose la Universidad como el centro del saber por excelencia, la historia de su compleja y diversa dinámica respecto del poder, tanto exterior a ella como constitutivo de su propia interioridad, depara incontables problemas e interrogantes, unos pocos de los cuales se recogen en este libro. A partir de planos temáticos diversos, pero complementarios, los seis capítulos de la obra se acercan a variadas facetas de la misma cuestión: desde el sentido de la función del maestro/profesor universitario en la estructura saber/poder, a los mecanismos sutiles del poder frente a la igualdad/desigualdad de oportunidades; desde la depuración política del profesorado a la censura de textos, desde la posición del poder ante la presencia emergente de la mujer en la Universidad, a la reacción de un Claustro ante un caso de intervención externa. Estas facetas diferentes corresponden, además, a períodos históricos y ámbitos universitarios distintos (aunque predominan los referidos a la Universidad de Sevilla, lo que es lógico, ya que éste es el centro de convergencia de la investigación de los autores). De este modo, el libro se plantea como una muestra amplia de aspectos de un mismo gran tema: su unidad significativa se manifiesta, precisamente, a través de la com-

pleja diferencia de situaciones en que la relación entre el saber y poder se produce históricamente.

El capítulo I (M.^a Nieves Gómez García), *Profesores y maestros universitarios: referencia a la Universidad de Sevilla del primer cuarto del siglo XX*, estudia el sentido de la misión/función del docente universitario, en un abanico cuyos extremos serían el «maestro» (legitimado únicamente por el poder de irradiación de su propio saber, caracterizado quizás por la inquietud intelectual y el inconformismo ante lo dado) y el «profesor-funcionario» (que, en el límite es la figura establecida y controlada por el poder para su propia legitimación «racional»).

El capítulo II (Juan Luis Rubio Mayoral), *El profesorado de la Universidad de Sevilla. Aproximación al proceso de depuración política (1936-1939)*, examina un ejemplo de la actuación del poder político autoritario frente al saber: en concreto, la actuación del régimen instaurado tras el golpe militar y la guerra civil española por el General Franco con relación a la institución universitaria sevillana en particular.

El capítulo III (M.^a José Rebollo Espinosa), *La igualdad de oportunidades educativas en la historia de la Universidad Hispalense*, se plantean los mecanismos —sutiles y refinados a veces, explícitos y descarnados otras— con que el poder enfrenta la aspiración y desarrollo de la igualdad de oportunidades educativas, uno de los cimientos de la igualdad y de la libertad social. Se estudian tres facetas de estos mecanismos del poder: la censura social (el requisito del nacimiento: nobleza de origen, limpieza de sangre...); la censura económica (el requisito de la riqueza); y la censura profesional (en la que se combinan, nuevamente los viejos requisitos de la censura social y económica: origen, posición, influencia, riqueza...).

El capítulo IV (Guadalupe Trigueros Gordillo), *Censura de textos y Planes de Estudio en la Universidad española (1769-1824)*, afronta la relación entre Universidad y poder político desde la perspectiva de la censura que éste impone a los textos que se usan en aquélla. La autora observa las corrientes científicas que predominaban, las líneas seguidas en las Universidades, la cien-